

IBN BATUTA (1303-1369).

EL HOMBRE.

El más formidable viajero del Islam y, junto con Marcos Polo, uno de los más grandes de la historia. Tangerino, empezó su andadura a las 22 años y, sin pretenderlo, lo que en principio era un corto y devoto viaje a la Meca, se convirtió en el punto de partida de un periplo voluntario que duró veinticuatro años, tiempo en el que, prácticamente, poco del mundo habitado le quedó por conocer. Paradójicamente, las tierras más cercanas a su Tánger natal, las del Andalus fueron las últimas que visitó. Hasta la conquista de Argelia por los franceses y el descubrimiento de los manuscritos en las bibliotecas de Constantina, el mundo occidental no tuvo conocimiento de la existencia de Batuta.

SINTESIS DEL RELATO.

Desde Gibraltar, haciendo un camino que siglos más tarde los ingleses harían casi propio, se dirige sin importarle las dificultades a la Ronda musulmana, porque parientes y amigos, de los que tiene en todos lados, le han hablado maravillas de su situación, de su entorno prodigioso y de sus inaccesibles defensas naturales, hasta convertirla en una de las plazas más protegidas del mundo árabe.

En Ronda, Batuta, peregrino cuya morada es el universo, huésped habitual de sultanes y visires, acostumbrado a detenerse sólo lo preciso en cada lugar, permanece cinco días, una eternidad para él, y es que se encuentra aquí, entre familiares y viejos conocidos, como en la casa que apenas tuvo porque tampoco la necesitó. De todos ellos, con minuciosidad rayando en la ternura nos va relatando cargos, afecciones y ascendencias :

“Su jefe militar era entonces el jeque Ibn Arrabi Soleiman, hijo de Dand Al Ascary; su juez era el hijo de mi tío paterno, el jurisconsulto Abn Ikacim Mohammed, hijo de Ichia, hijo de Bathutab”. En su ánimo está el citar a las personas con las que convivió y le acogieron, por eso sigue su fiel relación de nombres y de los saberes y conocimientos que a todas ellas les adornan :

En primer lugar a Abul Haddjadj Yusuf, otro de los que ejercen de juez en la ciudad, que no sólo entiende de leyes y procesos, sino que también es versado en artes y ciencias desconocidas, un verdadero sabio en fin. Y como no hay nada mejor para captar conocimientos que compartir techo y mesa con tan ilustre personaje, Batuta se aloja en su casa; una casa que, por pertenecer a quien pertenece, sólo cabe imaginarla situada en el cogollo de la ciudad, muy cerca o lindando con la mezquita mayor. Batuta, hombre de fuertes convicciones religiosas, se deja llevar por los sentimientos piadosos que aquélla le suscita, al tiempo que le recuerda que hay más gentes que sobresalen por su devoción en Ronda, por ejemplo, Abu Ishak Ibrahim, al que le faltan adjetivos elogiosos para destacar sus cualidades o a Abdalah Assafar u otros entre los artesanos más modestos.

De Ronda, se dirige a Marbella, y de allí, viviendo mil aventuras, salvándose de la muerte o de caer cautivo de los cristianos por verdadero milagro, a Málaga, Granada; y por Alhama, a Vélez, a Málaga, a Ronda otra vez, y desde aquí de vuelta a Gibraltar. Y como Batuta es agradecido, todavía años después, cuando lo narra, recuerda que, entonces, en algunas de las aldeas que allí y allá blanquean con oasis de cegadora cal la Serranía, tropezó con gente de generosidad ilimitada que le ofreció el abrigo de los muros de su casa y los víveres de su despensa. Son cosas que nunca un viajero olvida.

LA OBRA.

Viaje por Andalucía..., Aguilar 1952.

2.-RICHARD TWISS (1747-1821).

El Hombre-

Nació en Róterdam, donde su padre, un rico comerciante inglés, tenía fijada entonces su residencia. Los medios de su progenitor le permitieron pasar gran parte de su vida viajando. Debió ser un espíritu cultivado, amante de las bellas artes y de la naturaleza, además de los viajes. El mismo costeó la impresión de sus relatos de viajes, para darlos a conocer y ponerlos en mano de los librerías londinenses.- En 1774 fue nombrado miembro de la Royal Society.

SINTESIS DEL RELATO.

Twiss es un viajero muy especial. Podía habernos referido muchas cosas sobre el Puente Nuevo, ya que cuando llega a Ronda, un 20 de junio de 1773, aquél, todavía inacabado, y los lugares aledaños debían ser un hormiguero de curiosos, y, sobre todo, de obreros, plomadas y viejos artífices que se reunían para rematar de forma definitiva su oblonga planta; pero Twiss es un científico o, al menos, por sus maneras y abrumadores conocimientos lo parece, y como tal se deja seducir, más que por otra cosa, por las mil facetas que le ofrece la naturaleza y sus ocupantes, su flora y su fauna, y es que en este aspecto como en otros, la Serranía es un sorprendente depósito de criaturas y especímenes que la pueblan. Para su trayecto desde Málaga a Ronda ha renunciado al vehículo de ruedas en el que ha venido desde Madrid porque aquí comprueba que no sirve para nada, contrata un oficial español y un ayudante para que le acompañen y protejan hasta llegara Gibraltar, último destino antes de embarcar para su país y a lomos de caballo, se apresta a embeberse de cuanto bueno o malo los caminos le deparen.

En una primera etapa, en su camino a Ronda, va haciendo honor a sus aficiones y como no le faltan ocasiones, aquí y allá se detiene a capricho para estudiar un pájaro, al que designa con su nombre latino, tras el castellano o examinar una flor, ocupándose de aclarar las que sólo, de toda Europa, crecen por estas tierras. Le llama la atención un abejaruco, pero como no quiere matarlo, para estudiarlo se pone de acuerdo con un campesino para que le capture uno vivo. Así, es más fácil describir su tamaño, el color del pico, la fijeza de los ojos o la textura del plumaje, dónde construye o cuál es su alimento. Cuando no, son los abundantes árboles del abrupto terreno los que le seducen : los alisos, los almeces, los robles, alcornoques y encinas, y tiene un comentario acertado para cada hoja que le sorprende, para cada fruto que producen, para cada nota de color y brillo; y para que nos cercioremos de que no nos engaña, que está en lo cierto, que no se equivoca nos remite a las páginas de voluminosas enciclopedias de historia natural, a atrayentes títulos de antiguos libros, casi incunables, de cuando daba la imprenta sus primeros pasos y la ciencia había dado ya muchos.

Para Ronda, sumergida en su propia naturaleza, guarda Twiss otros adjetivos no tan científicos, elogios de otra índole que en ningún momento escatima.

La Obra.

TRAVELS THROUGH PORTUGAL AND SPAIN IN 1772 AND 1773, LONDON 1775.

3. HEW WHITEFORD DALRYMPLE (1750-1830).

EL HOMBRE.

Cuando visita nuestra región en 1774, estaba al mando de la guarnición de Gibraltar. Su carrera militar la había iniciado con 16 años, siendo coronel en 1790, y gobernador en 1796, cargo con el que lo vemos en Gibraltar desde 1806 hasta 1808; es entonces la fecha en la que la Corona decide enviarlo, con dos generales más al frente de un ejército de 30.000 hombres para ayudar a España en su lucha contra Napoleón. Diversos acontecimientos en su enfrentamiento bélico contra este último, le hicieron caer en desgracia. Por antigüedad llegó a general en 1812.

SINTESIS DEL RELATO.

Bien podría decirse que este militar inglés fue uno de los iniciadores del recorrido que vendría a conocerse como el “camino inglés”, la ruta para alcanzar, desde Gibraltar, Ronda y desde aquí las principales capitales andaluzas.

Del espíritu aguerrido de este inglesito, mayor del ejército, entonces, es buena prueba el que iniciara el camino a hora tan temprana como las dos de la madrugada. Un correo le acompaña y, también, entre otras viandas, un jamón para las carencias de las posadas. A las 7 de la mañana está a orillas del Guadiaro y a la una de la tarde, molido tras once horas a caballo para hacer seis leguas, en la encumbrada Gaucín. En la posada hay más curiosidad por figonear a los viajeros que en proporcionarles alimentos; por suerte está el jamón y “algunos huevos frescos, vino blanco bastante suave y cebada para los caballos” que les venden en el pueblo.

Con la noche y el viento del norte el ambiente es invernal, pero a las 5 de la mañana están en pie de nuevo. Algo indeciso anda Dalrymple ante la empresa que le espera y sólo el miedo al ridículo de vuelta a Gibraltar, si desistiera, le hace continuar. Hasta Ronda son cinco leguas más que recorren en ocho horas por elevadas montañas, campos de viñas y otros de pan llevar. Sobre las 2 de la tarde están en nuestra ciudad. Lo de no haber ni pizca de comida en las posadas, no era sólo cosa de Gaucín y los viajeros han de salir por nuestras calles a buscarse la vida; una gallina es lo que encuentran, que les guisa la posadera, aunque nuestro hombre no consiente que se la bañe en aceite, que aborrece.

Saciado el hambre, tiene el británico todo el tiempo del mundo para cumplir con una de las reglas esenciales de todo viajero que se precie, es decir, vagabundear y tomarle el pulso a la ciudad; perderse por el laberíntico entramado de escuetas calles agarenas; curiosear el interior de las casas llenas de rumores de sus ocupantes, a través de las ventanas entreabiertas de cientos de enhiestos cierros; llevarse prendido, él mismo, la curiosidad de niños y adultos que, por igual, persiguen su quedo caminar; vivir como uno más, el trajín de muleros y vendedores, el bullicio de las tabernas, el silencio sin pausas de dormidos rincones, el vértigo de abisales honduras; contemplar el paso del tiempo, en suma, en una ciudad distinta a cualquier otra.

LA OBRA.

VIAJE POR ESPAÑA Y PORTUGAL EN EL AÑO 1774., Madrid, 1962.

4.-FRANCIS CARTER (1762-1783).

EL HOMBRE.

Se conocen pocos datos de su vida, sobre todo de la familiar, aunque sí de sus aficiones a las antigüedades y del filón que encontró al recorrer el Reino de Granada, haciendo amigos historiadores y eclesiásticos, generosos todos ellos, que le proporcionaron un auténtico tesoro en forma de todas clases de piezas arqueológicas. Residió casi veinte años en Andalucía. El primer viaje por Ronda y su Serranía lo realizó en septiembre de 1760; algunos años más tarde, repetiría la experiencia.

SINTESIS DEL RELATO.

Llega a Ronda por la costa. Deja constancia de lo “escarpado de las montañas” a las que se aproxima tras recorrer las primeras tres millas “por un camino espantoso”. Tras las cumbres se halla Igualeja. Ronda, dos leguas más hacia el norte, es ,aún, nada más que un punto impreciso en la montañosa lejanía.

Desde el primer momento, Carter no deja lugar a duda del propósito de su viaje, y soslayando otros aspectos geográficos, etnológicos o descriptivos, se centra más en lo que verdaderamente le apasiona, empezando los hallazgos por un castillo árabe, todavía con buena planta; pero, tal vez por más cercana, no es la musulmana una civilización que le atraiga en demasía, sino que centra sus investigaciones en otra más anterior: busca la huella de la romana y, lo cierto es, que para un experto como es este inglés, no faltan en la ciudad antecedentes de ese asentamiento, empezando por su antigua denominación, Arunda, de la que deriva su nombre actual o murallas junto al río, como reivindicando antes que nadie, una primera fortificación. No se le escapan, decenas de pormenores que para el resto de los mortales pasarían desapercibidos. Así, en el alcazar, descubre altares romanos y lápidas que dan cuenta de que, en tiempo, se levantaron allí estatuas para enaltecer la memoria de algún patricio rondeño ilustre, interviniendo el senado local para la designación del lugar. Para celebrar todo ello hubo juegos circenses.

Su mirada y su mente siguen puestas en inscripciones romanas, que le remiten a acontecimientos o personajes de aquella época. En la entrada del pósito, o almacén de granos, limpia de polvo el texto en latín de una inscripción que informa de la existencia de una estatua erigida a otro ciudadano de fortuna y que como tal había dejado una suma considerable para la construcción de la tumba donde habían de descansar sus restos.

Más noticias llenas de interés nos da, asimismo, Carter: que Ronda, a imitación de Roma, contó también con su Bosque de los Césares, situado fuera de las murallas; todavía en tiempo de Carter se le conocía por este nombre; que en el Barrio de San Francisco se descubrieron unas tumbas romanas y dentro de éstas urnas de barro con cenizas y granos de oro; que Macario Fariñas, el historiador y anticuario rondeño, encontró en el mismo San Francisco restos de murallas romanas y un busto de Hércules y, en fin, que en Málaga, Cristóbal Medina Conde, canónigo de la catedral, guarda y orna su vivienda con una figura de Mercurio, el dios del comercio, encontrada en suelo rondeño.

LA OBRA.

VIAJE DE GIBRALTAR A MALAGA, Málaga, 1985.

5.- JEAN MICHEL ROCCA (178?-1818)

EL HOMBRE.

La Guerra de la Independencia, al tiempo que obstaculiza el paso a los visitantes tradicionales, pone en escena a otro tipo de viajero diferente, al que llamaríamos obligado, que llega formando parte del ejército invasor y al que la contienda da la oportunidad de narrar los acontecimientos bélicos a la par que describir el país y las costumbres de sus habitantes.

Entre estos últimos se encuentra Rocca, oficial de húsares de las tropas francesas. Las heridas recibidas en España le obligaron a abandonar su carrera militar. Se casó en secreto con su compatriota, la escritora Madame de Stael.

SINTESIS DEL RELATO.

Ante todo el joven Rocca es una persona instruida, que habla a la perfección nuestro idioma, y al que sus proyectos de formarse una brillante carrera militar, le han puesto en una situación comprometida, al ser testigo y protagonista a la par de una guerra, como el mismo nos confiesa, “injusta”, y aunque todas, en el fondo, lo sean, él no encuentra otra calificativo más apropiado para, sin comprometerse demasiado, condenar la desmedida ambición de Napoleón, su jefe y el sueño de incorporar Europa a su futuro imperio.

Por lo pronto, la empresa de doblegar a España no es empresa fácil y las tropas napoleónicas lo están sintiendo en carne propia. Rocca, que había llegado a la Serranía un 19 de marzo de 1809, quince días después de que José Bonaparte abandonara Ronda, es uno más entre los franceses que sufren las iras de los habitantes de los pueblos serranos al paso por sus tierras, y él puede dar buena fe de ello. De hecho, entre escaramuza y escaramuza, entre emboscada y emboscada (y siempre son los gabachos los atrapados, los diezmados), entre sobresalto y sobresalto, cuando tiene un respiro que casi nunca es tal, Rocca toma notas y medita sobre los acontecimientos, siempre cruentos del día. Aquí permanece hasta el 22 de junio y en todo este tiempo ha aprendido una lección que tenazmente han tratado de repetirlo por todas partes, en Olvera, en Setenil, en Cañete, en Teba, en Campillos, por toda la agreste Serranía : que estos serranos se han tomado la guerra como una cruzada religiosa en defensa de su patria y de su rey. Para más certeza de sus intenciones, de lo que les espera, las mujeres llevan cintas rojas en el pelo con la leyenda de vencer o morir por España y por Fernando VII, cuando no pintados en sus vestidos la propia imagen del rey y la de los generales españoles que se están destacando en la contienda. Y es que las mujeres se han tomado, también las batallas como suyas, y como espectadoras, sentadas en las rocas más altas, jalean a los hombres para que no se dejen avasallar por el enemigo e incluso participan a veces con una ferocidad inusitada, sin que les tiemble la mano si de rematarlos se trata.

LA OBRA.

MEMOIRES SUR LA GUERRE DES FRANCAIS EN ESPAGNE, Londres, 1815.

6.-WASHINGTON IRVING(1783-1859).

EL HOMBRE.

Hijo de un rico comerciante británico, nació en Nueva York. Fue un enamorado de la cultura y tradición española a las que aprendió a amar en sus largas estancias en nuestro país. Como agregado de la embajada americana, residió en Madrid entre 1826 y 1829; y, más tarde, ya como embajador, en 1842. Es universalmente conocido por su obra “The Alhambra”(1832), editada en España con el nombre de “Cuentos de la Alhambra”.

SINTESIS DE LA OBRA.

Es posiblemente Irving entre los viajeros, el que correspondiendo a la atracción que sentía por Andalucía, puso en escena más apasionado amor por nuestra tierra que se deja traslucir en todos sus escritos. Y si se le ha relacionado, mayormente, con Granada y la Alhambra, a la que salvó en parte de su destrucción dando la voz de alarma sobre el grado de abandono en que se encontraba, no menos le sedujo Ronda, aunque en este caso no fructificara en una obra concreta, como sin duda tuvo en mente, y sí en escritos dispersos, notas aisladas y referencias a sus personajes más populares. A lo largo de sus prolongadas estancias en nuestro país, debieron menudear las visitas a Ronda; en embargo, constancia escrita sólo nos ha quedado de la realizada en 1828, que dejó reflejada en su diario de viaje. Tras ascender las encumbradas sendas que conducen de Yunquera a El Burgo, en nuestra ciudad está un 4 de abril, viernes santos, por cierto; pero en sus anotaciones no hay alusión a ningún acto devoto, como con certeza lo habría, sino que se deja envolver por la atmósfera que le rodea, los efectos de la niebla ocupando el abismo, la hermosura de las mujeres y el atuendo llamativo de los majos. El paseo obligado por el Tajo, lo demora hasta el día siguiente a hora tan temprana como las 6 de la mañana. A salvo de miradas indiscretas, nada le impide, poco después, saborear la renacida naturaleza, e incluso como buen romántico, formar parte de ella.

Irving, entre otras prendas dignas de loa, es el cantor romántico de nuestro paisaje : “Hay algo, decía, en la austera presencia del paisaje español que hiere el alma con un sentimiento cercano a lo sublime” y eran “las extensas sierras, desprovistas de arbustos o de árboles, que alzaban sus cumbres quemadas por el sol bajo los cielos infinitos” las que escondían por algún recóndito sendero valles esplendentes de verdor en los que le gustaba perderse para contemplar las higueras, los naranjos y los limoneros, entre los que estallaban en flor el mirto y la rosa.

Viendo, otras veces, las ciudades y los pueblos amurallados, construidos como nidos de águilas entre las breñas, rodeadas de bastiones moros o de torres vigías en ruina, encaramados en los picos más altos, su mente, decía, volaba por unos instantes a los tiempos en que cristianos y musulmanes se disputaban, por igual, estas tierras. Un vestigio de aquella época estaba vivo en la tradición oral andaluza, en los cuentos y leyendas que referían los más viejos del pueblo, que repetían a su modo los arrieros, junto al fuego en las posadas o a lomos de burro en las largas caminatas por los senderos, para hacer más llevaderas las innumerables dificultades que ofrecía el accidentado suelo. Historias de amores imposibles entre moras de bellezas extremas y cristianos gallardos; batallas interminables, con duelos fantásticos por la generosidad y valentía, por igual, de los contendientes; un mundo que, por el ardor y convicción que se ponía en los relatos parecía tocarse con las manos.

LA OBRA.

JOURNAL 1828, New York ,1937.

7. MARQUES DE CUSTINE. (1790-1857).

EL HOMBRE.

Nació en Niederwiller, en el noroeste de Francia, en plena Revolución, hijo del general de Custine que mandó la armada del Norte y que fue guillotinado por los jacobinos. Se achaca a los constantes viajes de su madre, Delphine de Sabran, el carácter inestable que le acompañó siempre, aunque, por otro lado, despertaron en él su afición por recorrer mundo. Las riquezas de su familia le permitieron no sólo construirse un castillo, a la vuelta de su viaje por España, sino también adquirir una bien ganada reputación de mecenas, ya que protegió a pintores, músicos y escritores que tuvieron en su hogar de Paris, una segunda casa.

SINTESIS DEL RELATO.

Decía Balzac, uno de sus amigos, que a Custine se le podía considerar como el viajero por excelencia. Sin duda lo era, puestos que elementos subjetivos y de orden externos habían coincidido en su persona para que, con toda propiedad, se le confiriese este calificativo. Su cuna aristocrática le había servido para recibir una educación privilegiada, a tono con una inteligencia clarividente. La opulenta fortuna familiar le permitía que el dinero fuera una preocupación como casi en el común de los mortales. La inquietud intelectual y el deseo de conocer mundo completaban a la perfección el resto de virtudes que como trotamundos excepcional le adornaban.

Custine pasa en España 5 meses recorriéndola, de abril a agosto de 1831. Por Ronda y sus aledaños anda entre el 19 y el 21 de junio. Ensimismado por lo que contempla por estos parajes lo cuenta en tres epístolas a su amiga Miss Bowless, esposa del poeta inglés Robert Southey; y es que Custine tiene un círculo de amistades envidiables : princesas, condesas, Victor Hugo, Lamartine, Chateaubriand... A todos ellos dirige sus cartas narrándoles sus correrías por España, con la que ha llegado a identificarse de tal modo que se siente con inspiración para de una tacada traducir al francés Odas enteras de Fray Luís de León. De tanto leer e indagar, acaba siendo un experto en el conocimiento de los tipos que pueblan la Serranía. De malhechores, de los que asaltan en las encrucijadas, sabe un rato. Para él, los hay de dos clases; unos, a los que llama “bandidos”, son disciplinados como militares, caballerosos van en grupo, te despojan de lo preciso, sólo a los más acaudalados, y la corrupción de los gobernantes, culpables de su situación, les salva de merecer el desprecio del pueblo; los otros, con parecida actividad delictiva, la de vaciar los bolsillos de lo viajeros, a los que apoda “rateros”, sí son de temer, actúan solos o por parejas y les importa un ardite matar para conseguir el dinero ajeno. Sin duda el francés es un hombre de lo más sensato y para tener opciones de defensa en caso de enfrentamiento en el trayecto que les conduce a Ronda, que se supone inmemorialmente infectado de bandidos, contrata en Algeciras a cinco hombres armados hasta los dientes, que se unen a tres sirvientes, uno de ellos español, y al amigo que le acompaña desde Francia, todos con armas también. Un precio que sabe es necesario pagar, que no le importa pagar para ganarse el respeto de los que no acostumbran a respetar nada.

LA OBRA.

L'ESPAGNE SOUS FERDINAND VII, Paris, 1991.

8.-SIR ARTHUR DE CAPELL BROOKE(1791-1858)

EL HOMBRE.

Con este nombre de cruzado medieval, pasa por ser uno de los más entretidos narradores de viaje de los que se adentraron por España en el primer tercio del siglo XIX. De hecho, su ascendencia le hacía pertenecer a la alta aristocracia británica y su profesión de militar la adquirió tras una formación clásica en Oxford. Fue uno de los fundadores del Raleigh Club, transformado más tarde en el Royal Geographical Society. El viaje por nuestro país lo realizó entre 1826 y 1827.

SINTESIS DEL RELATO.

Bajo su condición de militar al que se le supone un ánimo aguerrido, Capell Brooke esconde también sus fobias. Y eso que arrestos no debían faltarle cuando antes de llegar a nuestro suelo ya venía de recorrer el vecino Marruecos, una temeridad para la época. El caso es que tiene una obsesión que no tarda en poner al descubierto, nada más emprender desde Gibraltar el camino hacia Ronda, un día de enero de 1827 : es la de los bandidos de la Serranía. En un intento de guardar un mínimo de precauciones, se ha hecho acompañar de un guía y se ha vestido de lugareño para pasar desapercibido y ocultar sus rasgos extranjeros. Pero con todo, y esto ya lo tiene previsto de antemano, cree a pie juntillas que no podrá escapar de un asalto de los bandidos, por otra parte, irremediable. Y tan asumido lo tiene, que un arma que ex profeso le han fabricado en su país para el viaje la guarda, sin intención de usarla, en lo más hondo de sus maletas, junto a la ropa sucia; tanto por esconderla a miradas extrañas como porque entiende que no tendría nada que hacer en un enfrentamiento con los malhechores. Además, a este propósito reserva unos dólares, los justos, y los últimos también, para satisfacer la ambición de los bandidos y ganarse sus simpatías, ya que otra cosa piensa que sería un suicidio. Para no olvidarse de esta pesadilla, están las cruces fúnebres alzándose cada cierta distancia en el trayecto, para recordarle que una vez alguien allí mismo se dejó la vida. Y para que no quede duda del criminal suceso, están la fecha y el nombre de la víctima.

En fin, que pese a todos los augurios, y aunque se trate de poco menos que un milagro. Capell Brooke llega indemne a Ronda. La clave quizás resida en que unos minutos antes que a él, en un punto del fragoso camino, han atracado a otra persona. Este suceso ha sido determinante para la salvación de sus pertenencias y de sus escasos caudales; pero está claro que, paradójicamente, pese a sus miedos, de la misma aventura le hubiera gustado ser el protagonista él. Sin duda, como se asegura, sea un abismo insondable el alma humana.

LA OBRA.

SKETCHES IN SPAIN AND MOROCCO., London, 1831.

9.- ALEXANDER SLIDELL MACKENZIE.(1803-1848)

EL HOMBRE.

Personaje singular este americano, a cuya existencia no le faltó ni aventuras ni sucesos que harían demasiado extensa esta sucinta biografía. A cambio de una pingüe herencia de un tío materno, sin descendencia, incluyó legalmente contra la costumbre inglesa un segundo apellido, Mackenzie, en su nombre. Para celebrar su graduación como teniente de navío de la armada americana, en 1825, se tomó unas vacaciones de un año en España, recorriéndola. El relato del viaje, no obstante publicarse bajo seudónimo, levantó las iras de Fernando VII, fue prohibido por real decreto y se dio órdenes de impedirle la entrada en España a su autor.

SINTESIS DEL RELATO.

El temor que provoca los caminos, que no son sino senderos de cabra, que traen y llevan a Ronda, hace que el trayecto sea más bien un “affaire” de militares, a quienes su misma condición da valor para el arriesgado viaje. Y para que no falte nadie, marino de la armada americana es este Slidell Mackenzie, arrojado como el que más y que cuando llega a nuestras tierras en 1826, ha sufrido ya dos asaltos de bandidos, ninguno de ellos en Andalucía, sin que por ello se haya resentido su ánimo.

No es una persona el americano que se conforme con que le cuenten las cosas; sobre todo si hay aventura de por medio; él prefiere vivirla y que el olor de la pólvora le quede cerca. Aquí, más que nada, le ha traído un propósito, que no es otro que el conocer de cerca todo lo que toca al contrabandista, un personaje que por estas tierras anda a sus anchas, temido y admirado, ha veces distorsionado, del que se habla más que se sabe. En eso anda, poniendo los cinco sentidos en recoger información de primera mano; preguntando a unos y a otros, pasando las horas en las tabernas, donde el vino es un fiel aliado en soltar la lengua de los parroquianos; también en los cafés cantantes donde el sentimiento de la copla produce en los espectadores el mismo ánimo de confianza; y en fin, cautivando voluntades en una u otra forma, que todos los caminos son buenos. Cara a cara con uno de los personajes que buscaba, ganada su confianza, no duda un instante en formar parte de una expedición que sale para proveerse de contrabando, llegando hasta el mismo Gibraltar, almacén enorme de todo el que campea por la región. Así, sorteando los peligros como uno más de la banda, podrá contarnos mil y un detalles que suenan auténticos; que de hecho lo son. De qué ignorados vericuetos se valen para, sin ser apercebidos de nadie, ni siquiera de los campesinos, pasarla mercancía adquirida; cuáles son los géneros más contrabandeados o cuál es el precio que, como débito obligado, debe entregarse a determinados guardianes de la ley, para que, en un momento dado, dejen de serlo.

LA OBRA.

A YEAR IN SPAIN (BY A YOUNG AMERICAN). New York, 1836.

10.-C. ROCHFORD SCOTT (179?-1872).

EL HOMBRE.

Capitán de ingenieros en la época en que escribió su relato, estuvo varios años destinado en la guarnición de Gibraltar, sirviendo al ejército inglés por toda Europa, principalmente por el Mediterráneo. Trazó dos mapas de Beirut que sirvieron a la flota británica, con su presencia, para el bombardeo y ocupación de esta plaza en 1840. En sus últimos años de profesión ocupó el cargo de gobernador en alguna posesión inglesa, alcanzando el grado de General Mayor en el Regimiento Canadiense del Príncipe de Gales.

SINTESIS DEL RELATO.

Ocho años destacado en la guarnición de Gibraltar, dieron ocasión a este capitán de ingenieros de las fuerzas británicas, de ánimo de por sí curioso e ilustrado, de tomarse el mítico camino inglés que conducía a Ronda, y nunca mejor empleado el término, como un paseo militar. Tantas veces debió recorrerlo, y tantas son las cosas de las que narró que, salvando las fisuras de los años, prevalecen todavía por estos lares que, incluso ahora nos suenan a familiares, como un recuerdo lejano, pero vivido.

A cercano nos suena, que, por ejemplo, hablando de la seguridad de los caminos, nos dijera que por aquí, salvo el campesino que se limitaba a repetir lo que oía, cuando se preguntaba todos, por motivos diversos, pero bien estudiados, mentían : mentía el posadero al exagerar los peligros de los senderos para retener, en provecho de su bolsa, cuanto más tiempo mejor al viajero; mentía en el mismo sentido el guía para, por su buen proceder, ver recompensado sus servicios con algún extra al final del trayecto; mentía el contrabandista, para alejar al forastero de sus vericuetos, de sus triquiñuelas, y que nadie metiera las narices en su ilegal tráfico; mentía el simple ciudadano, para no ser menos, porque todos lo hacían; y mentía, que daba gusto, el arriero, éste por divertirse metiendo el miedo en el cuerpo a los que, los ojos como platos, escuchaba sin tino. Bueno, y es que en este caso, los arrieros andaluces, a decir de todos, honrados pero burlones y dicharacheros, en algo tenían que entretener las interminables horas del día pasadas a lomos de mulas en los senderos y, cómo no, las de asuetos, alrededor del fuego del hogar en las posadas; y qué mejor forma que la de contando fantásticas historias, inventadas por ellos pero aderezadas con tales visos de veracidad, con tal medida y muestra de seriedad, aunque la risa les bailara por dentro, que incluso los menos crédulos acababan creyendo el bien urdido engaño y haciéndose cruces por haberlos librado Dios, hasta ahora, de tamañas desgracias.

LA OBRA.

Excursions in the mountains of Ronda and Granada, London, 1838.

11.-BENAJAMIN DISRAELI (1804-1881).

EL HOMBRE.

Hijo de un escritor judío convertido al catolicismo. Desde sus comienzos literarios, llegó a presidente del partido conservador, primero, y del gobierno inglés en 1868. Durante su mandato trabajó don denuedo para mejorar la situación social de los trabajadores ingleses. Fue un gran viajero que recorrió gran parte del mundo a lo largo de cincuenta años.

SINTESIS DEL RELATO.

Nuestras tierras tenían la virtud de acoger a una legión de viajeros con una cualidad en común que les unía, cual era la juventud, ya que sólo una edad en su etapa más vigorosa podía estar preparada para encarar los mil peligros que se suponía guardaba nuestro accidentado suelo. 26 años tiene Disraeli, el futuro presidente del gobierno inglés, cuando en 1830 visita nuestra región. No era entonces más que un joven con sueños de gloria literaria, ya iniciada, y con una salud feble, a la que intenta fortalecer buscando en los viajes, climas más benignos y saludables que los de su país.

Desde luego, aunque se alojara en ellas, no debían ser las posadas, que según el británico todos los pueblos de la Serranía se enorgullecían de tener, los lugares más apropiados para intentar recuperar la salud perdida. Nos dice de ellas, que eran verdaderos caravasares, es decir, el espacio dedicado en Oriente a acoger a las caravanas, hombres y animales. La misma habitación, acogía al ganado, la familia del posadero, tablas y esteras para dormir el viajero, y en suma a un sin fin de gatos que merodeaban por allí en busca de lo que cayera que, a tenor de lo que más tarde cuenta, no debía ser mucho; si embargo, se destinaba como oro en paño, un pequeño dormitorio, con camas, todo un lujo, por si algún militar de la guarnición de Gibraltar, a los que se consideraba gente acomodada, se acercaba por allí, cosa que más temprano o más tarde, invariablemente, ocurría.

Tampoco había en las posadas provisiones de ningún tipo, que estaba obligado a llevar el visitante, extranjero o no, si es que quería comer, siendo nula, de igual manera, la posibilidad de que se le guisara sus propios alimentos; porque el cocinar, nos dice Disraeli era una ciencia todavía no conocida en estos lugares. Después de relatar estas y otras penalidades, en forma de carta a su hermana, como la de permanecer ocho horas sin bajarse del caballo, la de no haber carreteras, sino escarpados acantilados en los que se jugaba la vida para trasponerlos, y la mínima posibilidad de descanso y de viandas cuando llegaran a una posada, le añadía, con todo el gozo del mundo: “Te preguntarás qué cómo puedo sacar placer a una vida como la referida. Te lo diré: la novedad de lo que contemplamos es grande y la región, la más hermosa de la tierra...”.

LA OBRA.

HOME LETTERS WRITTEN BY LORD BEACONSFIELD(1830-1852., London 1928.

12.-CHARLES EDMOND BOISSIER(1810-1885).

EL HOMBRE.

Nacido en Ginebra. Puede considerarse como el prototipo de viajero investigador que subordina la aventura del viaje a la científica, que quedará siempre en primer plano, aunque sin huir de la descripción de lugares, personas y tradiciones, a las que retrata con gran justeza y vigor literario hasta completar un hermoso, instructivo y, más que nada, diferente relato. Recorrió gran parte de Europa, Africa y Australia hasta reunir uno de los mejores herbarios de su época.

SINTESIS DEL RELATO.

En este desfile ininterrumpido de viajeros, de profesiones y nacionalidades diversas, se echaba en falta la llegada de un sabio por excelencia, y este privilegio, con todas las de la ley, lo asume el suizo Boissier, un visitante que por encima de cualquier expectativa que le pueda ofrecer el trayecto, va a lo suyo; que es en definitiva estar abierto, esté donde esté, a cualquier trasunto de belleza; que tamiza, además, con una sensibilidad exquisita que, por ejemplo, le hace rechazar con horror el espectáculo cruento de las corridas.

Entre todas las hermosuras con que la naturaleza le va sembrando el paso por nuestras tierras, claramente se decanta por lo que más cerca le toca a su vocación, más que a su profesión, de botánico: la de los árboles, arbustos y plantas, sus especies y subespecies, la vegetación en la que crecen, y mil y un aspecto más que concierne a la rica flora de nuestra mirífica región.

Pero, además, el suizo es muy concienzudo en sus investigaciones de campo, que va regulando periódicamente, dedicando un tiempo, acorde con la importancia del terreno que se dispone a valorar. Decide que es un mes el que necesita para perderse por las montañas de Ronda, provisto del mínimo, imprescindible bagaje para sus estudios: “un mulo robusto” que adquiere a un precio razonable, un guía de Vélez, Antonio, “verdadero ejemplar de campesino andaluz”, más bien miedoso de las alturas, y papel para secar plantas. Herborizando, es decir, recogiendo plantas para su posterior examen, hasta en las grietas de las rocas, llamando a cada espécimen por su nombre latino, el científico, durmiendo en su tienda de campaña por las noches, aun en las más gélidas, compartiendo pan y velada con el escogido guardián de su seguridad, Boissier es un hombre que, como se dice, se siente realizado, feliz; pero sin lugar a dudas tocará el cielo con los dedos cuando aviste, exultante de alegría y con lágrimas en los ojos, el soñado pinsapo; que así, en un momento de gloria, suelen manifestarse los sabios.

LA OBRA.

VOYAGE BOTANIQUE DANS LE MIDI DE L'ESPAGNE PENDANT L'ANNEE 1837, Paris, 1839.